

10

ERA EN ENERO

---

Era un día de Enero, en un pueblo cualquiera del Alto Bierzo. Era un día de frío y de niebla. Un 5 de Enero, uno más. Tiempo Navideño, días de vacaciones. Contaba nueve años. Mis amigos ya se habían ido a comer. Cansado de jugar toda la mañana, me disponía a entrar en casa. Recuerdo que mamá me había dicho que hoy tendríamos más en comer. También me dijo que comeríamos botillo. Con Rod, el mejor perro de caza del pueblo, al que yo quería casi tanto como a mi hermana, dejé mis botas de goma en el patio, para no mancharle la casa a mamá.

Mi madre, atareada e infatigable, lavaba ahora las sábanas que de mi cama había cogido. La enorme lata de agua desprendía un vapor, a veces renuente, que envolvía toda la cocina para hacerla llorar. Pero ello era imprescindible para mi madre. Enferma como estaba, tenía que combinar el agua para no resfriarse. Por eso yo lo sonreía.

Nuestra cocina era rectangular, o cuadrada, o quizá fuese, no sé ni creo que importe mucho. Las paredes húmedas por las lluvias y la niebla, recogían amigablemente el vapor que la lata y otras cosas desprendían. Podré decir que la voluntad de las paredes era blanca. Su color amarillento, dejaba algo lejano el nacimiento de Beni. Apenas lo recuerdo. Nunca ví a mi padre tan feliz. El padrino fue el tío Máximo, que vino de Francia después de 8 años. Todavía conservo en el desván la guitarra de cuatro cuerdas, ahora con dos, que me traje de París. Es, desde entonces, que las paredes siguen pareciendo blancas.

Mi madre restregaba una y otra vez mis sábanas. Yo la observaba. El jabón se le escurría entre las manos. Parecía que su tocino le hacía resbalar. Porque mi madre me dijo, que así lo habían hecho

el sábado pasado. No llegué a comprenderlo muy bien, pero no dije nada más. El fregadero era oscuro, parecía tallado en piedra. Mamá seguía y no se cansaba.

La atmósfera estaba cargada. Le dije a mamá que si podía abrir la ventana, que me dolía la cabeza. Ella me contestaba que papá bastante frío cogía ya en el trabajo, por eso a su llegada debería de encontrar la cocina caliente. Como insistí, dijo que me olvidase de ello, que así se me pasaría. La boca se me abría una y otra vez, y el estómago me hacía de las suyas. Con lo que yo había corrido...

La puerta se abrió, pero tras ella sólo apareció la figura menuda de Beni. Me hizo pensar que pudiera ser mi padre, pero era pronto. Apesar de la desilusión, reí. DE su chata nariz salían dos brillantes "velos", como la gente del pueblo por aquí dice, Yo no sé si serían de cera, aunque más se me parecía al río del Belén, que D. Tomás, preparaba año tras año en la Iglesia de Santo Cristo. Como me burlé de ella, se enfadó. Siempre dice que todas las chavalas eran tontas. Las trataba a base de bien, por eso en el fondo me temían. NO valían sino para chivarse y para estronearlo todo. Eran idiotas. Beni, aún siendo mi hermana, era tratada de igual modo. Todas estaban hechas del mismo género.

Si no fuese porque el botillo es el botillo, no esperaríamos a papá. Me fastidiaba que por eso tuviesemos que retrasar la comida, pero era compensado porque papá se lo merecía todo y también por el botillo, que sobradamente merecía una espera. Hoy todos esos recuerdos me causan felicidad. Mi padre cansado del trabajo y del camino recorrido, con el carbón entre sus uñas se disponía, jubiloso, a abrir el botillo, como si de una caja de sorpresas se tratara. Eso se repetía a lo largo de Enero, hasta que dábamos buena cuenta de los cerdos que criábamos a lo largo del año. Este año matamos tres. La vida sube. Al menos eso dice mi madre.

El día de la matanza era algo especial. Y para comer venía toda la familia: mi abuela Teresa; que no se pierde una, mis tíos de Bemibre, Rogelio y Carmina, mis vecinos...

Yo gustaba de coger manojos de paja y chamucar el cerdo. Rogelio me invitaba a la "morcilla del banco". Los primeros años, solía olvidarme y me engañaban, para reírse de mi inocencia con los excrementos que el cerdo aún contenía, luego de largas horas sin comer.

Había que lavar las tripas. Procuraba desmistarme. Aquello no era para mí. Además el olor de las tripas me sentaba fatal. Eran cosas de mujeres.

También era un día en el que mi padre tenía que discutir. Era algo tradicional en este tipo de reuniones. Si algo no se hacía a su modo, por un descuido, por una pequeña desatención, saltaba su genio. En el fondo, mi padre era como la mayoría pensamos de nuestros padres, el mejor del mundo.

Me gustaba dar puñetazos a los cerdos, que colgados en la bodega, me miraban con cara de angustia. Miedo y no angustia era lo que yo sentía, si de noche tenía que ir por vino. Era entonces cuando los términos se invertían y sus expresiones me producían terror. Por ello, y no es que yo bebiese mucho, en la cena no probaba el vino, pero a mi padre siempre le parecía poco lo que los otros bebían, y ¡otro vaso!

Claro que tenía que ir por más vino. Yo era el encargado de ello, como lo era de llevar los recados de la matanza. La sangre que mi madre recogía, cuando el cerdo era clavado por ese enorme cuchillo, que mi padre ya tenía preparado para ese menester.

Llévaselo a tía... y que no se te caiga! Era siempre el cansado consejo, por lo repetitivo, que cerraba la orden. Mi madre seguía perfectamente la tradición. Mi madre generosa.

La espera se estaba haciendo pesada. Al lado de la puerta, Beni

charlaba con su muñeca. Mi madre se disponía a cocer la verdura y las patatas. Ya estará apunto de llegar -dijo-.

Yo no sabía que hacer. El ambiente de la cocina había descargado algo. La pizarra del suelo, abombada en varios sitios, todavía sudaba a chorro. Por la radio sonaban las mismas canciones de siempre. La tierna voz de mi madre susurraba las melodías. Compaginaba estos canturreos con algún rezo sordo. Muy a su modo era feliz, su única preocupación, losa perenne, era mi madre y su trabajo.

Estos días se me perdonaba el que no estudiase. Querían que de mayor tuviese una carrera. En la mina ya está papá.

Iba a la escuela a dos o tres Kilómetros de mi pueblo, porque aquí no teníamos escuela. No me costaba mucho ir, siempre y cuando jugásemos un partido de fútbol.

Yo no me consideraba malo. Me decían travieso. Lo que sé es que mis intenciones eran buenas.

La maestra no me gustaba. Vieja, fea, con gafas. La cosa menos atractiva para asistir a clase. No tenía ni gota de humor, sería por la edad, pero los cachetes los soltaba por arte de magia. Se sentiría joven repartiéndolos. Era exigente. Es ahora, que guardo cariño hacia aquella que me era extraña persona.

Beni, con poco más de tres años, no venía a la escuela. Quizá lo hiciera dentro de dos años, o para el próximo. Tengo ganas de traerla. De mayor quiere ser azafata. Además según dicen vendrá una maestra joven de Ponferrada.

Yo tenía novia. Era Mari, la hermana de Jorge. Era la menos tonta de todas las chicas. En la escuela la más lista y la más guapa, tampoco era de mi pueblo. Vivía con sus tíos, porque los padres se fueron a Inglaterra. Me sentaba detrás de ella. Le escribía cosas de amor, pero ella no me contestaba. Espero, que cuando Beni venga, se atreva a contarle algo a ella. Cuando sea mayor me quiero casar con Mari.

Antes de que mamá me mandase por el vino, ya salí a la bodega. La niebla estaba muy espesa. El silencio era absoluto. Eran los típicos días de Enero, que recuerdan sabrosos días de infancia. Nuestra infancia es el recuerdo más generoso de nuestra vida, pero que en el momento que transcurre no le damos mayor importancia. No había día que no se me cayese vino al sacarlo de la cuba. Tampoco que no usase mi truco. Mi padre no se ha enterado. Con un poco de tierra cubría la humedad y no pasaba nada.

Cuando entré en la cocina mamá estaba en su banqueta. Cobizba ja, pensativa. La mina es cruel, ella pesimista. Más de una vez le propuso a mi padre irse para el extranjero. Dejé el vino fuera de la cocina para que no calentase. Rezaba sus acostumbradas oraciones. Nunca trataba de molestarla. Sabía que lo necesitaba, se sentía más segura. La verdad es que no tenía derecho a pensar así, pues a papá nunca le pasó nada. Pero la mina es asesina, ella lo pensaba así. No quiere ser como Maruja, Sofía o la tía Concha, que perdieron sus meridos en las entrañas de la tierra. Por ello miraba tristemente, por eso sufría. Por momentos sus ojos se humedecían. Observaba. Me entristecía, no tanto por no comprenderlo como por ver a mamá así. Cuando no podía más, me sentaba en sus piernas, para contarle mentiras o cubrirla de besos. Servía para alejarla de sus pensamientos. Juego Beni, celoso, iba también para mamá buscando mimos. De igual modo aunque en distinta forma servía para desviar a mamá de sus pensamientos. Esa era la espera. Esa era la estampa del amor, de la familia, de la felicidad.

Una vez transcurridos un par de días, los cerdos eran cortados y picada su carne. Luego se adobaban, para con otro par llegar al día del embutido. Chorizos, lomos, botillos... tendrían su espera en la cocina vieja donde colgábamos.

Todos los días procuraba que el fuego y el humo fuesen constantes, para que el embutido curase pronto. Me cuidaba mucho de que no hubiese posibilidades de incendio.

Ya, tras los primeros días hacía buena cuenta de su prueba. Al calor del fuego, y la molestia del humo, echaba todo el frío que el invernal tiempo metía en mi cuerpo.

En su llama asaba, enrollado a una hoja de berza, un tierno chorizo. Si hacía falta, lo resaba con unas gotas de vino blanco, que en una botella escondía para las ocasiones. El chorizo, al contacto con la navaja, dejaba ver su roja sustancia para humedecer el pan o para hacerme manchas en el pantalón o en el jersey. Por estas fechas mamá, cuando amasaba, hacía unos bollos para poder meter el chorizo y llevarlo de bocadillo a la escuela. Como me sabía!

Escuchamos el ruido característico, de la bicicleta, cuando entra papá. Este llamó a mamá y todos salimos a recibirle.

Entramos. Mamá tenía ya todo preparado encima de la mesa. También la palancana, con el agua caliente, para que papá se lavase un poco. Nos preguntó, mientras, si nos habíamos cansado de esperar. Luego nos habló de lo de siempre: del excesivo trabajo, del frío, del camino que cada día tenía más baches, de que si el río creció mucho y se desbordó en el puente... de la dureza de las minas. Por eso luchó, decía. Por vosotros lo hago.

Mamá, le contaba también, cosas que en el pueblo habían pasado. De que si la zorra había entrado al corral del tío Paco, y le faltaban dos gallinas y varios conejos, o de que si la luz subió una reseta. Lo segundo quería decir, que teníamos que estar la menos luz posible. La verdad es que eso me era igual. Por la radio tampoco lo sentía pues me resultaba muy pesada.

El rostro de mi madre había cambiado totalmente, como si hubiese pasado de la noche al día. Era un día más de trabajo transcurrido, un

dír menos de pelirro, un día más de paga... y una espera angustiosa que va quedó atrás.

Mi padre era bombero en una mina importante de carbón. Me parecía que después de todo, no era como un minero más, era algo mejor, tenía más categoría. Yo no lo entendía, porque para qué se necesita un bombero en una mina. Es que dentro de la tierra, quizás, hubiese fuego?

Era de una constitución fuerte. Alto, ancho. El ideal de minero, que yo me había formado. Sabía que la mina debería de ser dura, pero que dada su naturaleza, lo llevaría mejor.

El no se quejaba. Nunca le oí. Sentía amor por todos nosotros, por los que luchaba, por eso era feliz en su trabajo. El amor puede con todo. La familia se mantenía muy unida.

Económicamente esa era la haza fuerte. Teníamos una viña, muy alejada como descuidada, que poco más daba que la cosecha casera. Vendíamos algunos cántaros a un vinatero callejero, que todos los años venía, pero era muy escaso. La huerta, que al lado de casa teníamos, moría de sed. Sus frutos, ya por siembra escasos, eran menudos como tardíos. El nozo apenas tenía agua y el terreno no era muy propicio. Aún así y como era el encargado de regar la huerta, en las vacaciones del verano, pasaba muchas horas allí.

La mesa fue asaltada. Mi padre, mi madre, Beni y yo sentados ante el ruinoso y pálido hule, en unas banquetas de asimétrica constitución.

La cocina estaba caliente, tal y como papá deseaba y mamá cuidaba. Las patatas y la verdura estaban en su punto. El botillo se había abierto un poco. No fue problema, mi padre le ayudó.

Cayeron ocho o nueve palabras, en forma de rezo, como bendición de la mesa, que mamá nos repartió como todos los días. Sus oraciones le salían de lo más profundo del corazón. Era algo que no podía faltar



en ciertos momentos.

Durante la comida, mi padre, dueño del botillo, repartía los pedazos. A la vez, cambiaba impresiones con nosotros. Trataba de olvidarse de su mundo de trabajo. Ello no siempre ocurría. Aparecían nombres de compañeros, vigilantes, anécdotas... una carga que llevaba pegada a su mismo cuerpo. No lo sé, pero quizá para él esto fuese como un sueño, que antes de despertar ya tiene anticipada su suerte.

Comíamos despacio. La radio dió la hora. El tiempo pasaba lentamente y la noche vendría pronto. Sería una noche feliz. Los Reyes vendrían con muchos regalos.

Me lancé presto a la calle. Mamá me llamó, pero yo seguí corriendo. Jorge y Tinín estaban ya en la fuente. Quedamos en jugar al balón contra los del barrio de la Iglesia.

Papá quedaría fumando en la cocina, paraíso en funciones.

Mamá empezaría a freír, para cuatr el escaso jugo del botillo, que quedase en los platos.

Beni estaría lloriqueando, porque mamá no la dejaba salir. Pero mañana era el día de los Reyes. Beni sonrió.

Mori y Rod tendrían su botillada especial, de huesos relucientes por la falta de carne.

Ganamos a los de la Iglesia 12-3. No soy capaz de dormir pensando en los regalos. Todo es paz.

ERA EL 5 DE ENERO. ERA TIEMPO DE INFANCIA.

FUERON VIVENCIAS. SON RECUERDOS.